

que le hubiese justificado Chabot. Reconociendo su peligrosa posición, y debiendo temerle todo de un sistema de severidad excesiva, habló dos ó tres veces en favor del sistema de indulgencia, se indispuso completamente con los ultrarrevolucionarios, y fué tratado de intrigante por el *Padre Duchesne*. Los jacobinos, sin adoptar las violentas proposiciones de Hebert, decidieron que Philippeaux, Camilo Desmoulins, Bourdón de l'Oise y Fabre d'Eglantine comparciesen en la barra de la sociedad para dar explicaciones sobre sus escritos y sus discusiones en la Convención.

La sesión en que debían presentarse había atraído una extraordinaria afluencia de espectadores; disputábanse los asientos con furor, y hasta se vendieron algunos por veinticinco francos. En efecto, iba á juzgarse la causa de dos nuevas clases de patriotas ante la autoridad todopoderosa de los jacobinos: aunque Philippeaux no fuese individuo de la sociedad, no se negó á comparecer en la barra, y repitió las acusaciones que había consignado ya, tanto en su correspondencia con el comité de salvación pública como en su folleto. Trató á los individuos con tan poca consideración como la primera vez, y dió á Hebert dos ó tres mentís tan graves como insultantes. Estas atrevidas personalidades de Philippeaux comenzaban á producir agitación en los oyentes, y la sesión se convertía en tempestuosa, cuando Dantón, tomando la palabra, observó que para juzgar una cuestión tan grave se necesitaba más detenimiento y mayor calma; que él no había formado opinión alguna acerca de Philippeaux y la veracidad de sus acusaciones, y que ya le había dicho al mismo: «Es preciso que pruebes tus acusaciones, ó que dejes tu cabeza en el cadalso;» que tal vez no habría más culpables que los acontecimientos; pero que en todo caso era preciso que se comprendiese á todos, y principalmente que se les escuchase. Robespierre, hablando después de Dantón, dijo que no había leído el folleto de Philippeaux; que sólo sabía que en él se hacía el comité responsable de la pérdida de treinta mil hombres; que el comité no había tenido tiempo de contestar á los folletos, haciendo una guerra de pluma, y que no creía, sin embargo, á Philippeaux culpable de malas intenciones, sino arrastrado por la pasión. «No pretendo, dijo Robespierre, imponer silencio á la conciencia de mi colega; pero que examine y juzgue si no hay en él vanidad y mezquinas pasiones. Yo le creo arrastrado por el patriotismo no menos que por la cólera; pero que reflexione; que considere la lucha que se empeña y verá que los moderados tomarán su defensa, que los aristócratas serán de su partido, que la Convención misma se dividirá, y que se formará tal vez un partido de oposición, lo cual sería desastroso, porque se renovaría la lucha terminada y las conspiraciones que tanto costó defraudar.»

Robespierre invita, pues, á Philippeaux á examinar sus motivos secretos, y á los jacobinos á escucharle silenciosamente.

Nada era más acertado y equitativo que las observaciones de Robespierre, hechas con el tono enfático y doctoral que le era propio desde que dominaba en los jacobinos; pero Philippeaux vuelve á tomar la palabra, lánzase en las mismas personalidades y produce igual trastorno. Impacientado Dantón, dice que es preciso abreviar semejantes contiendas, nombrando una comi-

sión que examine las piezas del proceso. Couthón contesta que antes de apelar á esta medida es preciso asegurarse de si la cuestión vale la pena, y si no se trataría simplemente de una cuestión de hombre á hombre, por lo cual propone se pregunte á Philippeaux si en su alma y en su conciencia cree que ha habido traición. Entonces, dirigiéndose á Philippeaux le dice:—¿Crees tú, en tu alma y en tu conciencia, que ha habido traición?—Sí, contesta imprudentemente Philippeaux.—En ese caso, replica Couthón, no hay otro medio: es preciso nombrar una comisión que escuche á los acusados y á los acusadores, y presente su informe á la sociedad.—Adoptada la proposición, encárgase á la comisión que proceda al examen de las acusaciones de Philippeaux, y la conducta de Bourdón de l'Oise, de Fabre d'Eglantine y Camilo Desmoulins.

Era el 3 nivoso (23 de diciembre). En el intervalo empleado por la comisión para instruir su informe, la guerra de pluma y las recriminaciones continuaron sin interrupción. Los franciscanos excluyeron á Camilo Desmoulins de su sociedad; redactaron nuevas peticiones en favor de Ronsin y Vincent y comunicáronlas á los jacobinos, invitando á éstos á que los apoyasen ante la Convención. Aquella multitud de aventureros y de perdidos con que se había formado el ejército revolucionario, se presentaba en todas partes, en los paseos, en las tabernas, en los cafés, en los teatros, luciendo charretas de estambre y gran mostacho; y hacían mucho ruido en favor de Ronsin, su general, y de Vincent su ministro. Llamábanles *los charreteros*, y eran muy temidos en París. Desde la publicación de la ley que prohibía á las secciones reunirse más de dos veces á la semana, habíanse convertido éstas en sociedades populares muy turbulentas; contábanse dos sociedades por sección, y á ellas dirigían á sus agentes todos los partidos interesados en producir un movimiento: *los charreteros* no faltaban nunca, y gracias á ello, reinaba el tumulto casi en todas.

Robespierre, siempre firme en los jacobinos, hizo rechazar la petición de los franciscanos, consiguiendo además que se retirase la afiliación de todas las sociedades populares formadas desde el 31 de mayo. Estos eran actos de prudente y loable energía; pero el comité, al hacer los mayores esfuerzos para contener la facción turbulenta, debía procurar también no revestir cierto carácter de blandura y moderación. Para conservar su popularidad y fuerza, érale preciso desplegar el mismo rigor contra la facción contraria. He aquí por qué en el 5 nivoso (25 de diciembre) se encargó á Robespierre que redactara un nuevo informe sobre los principios del gobierno revolucionario, proponiendo medidas contra algunos prisioneros ilustres. Fijándose siempre, por política y también por error, en atribuir todos los desórdenes á la pretendida facción extranjera, imputóla á un tiempo los errores de los moderados y de los exaltados. «Las cortes extranjeras, dijo, han lanzado sobre Francia á los malvados hábiles que mantienen á sueldo; ellos deliberan en nuestras administraciones y se introducen en nuestras asambleas de sección y en nuestros clubs; han tomado asiento hasta en la representación nacional y dirigen, y dirigirán eternamente, la contrarrevolución bajo el mismo plan. Rondando á nuestro alrededor, sorprenden los secretos, acarician las pasiones, y tratan

de inspirarnos hasta nuestra opinión.» Prosiguiendo Robespierre este cuadro, los presenta valiéndose tan pronto de la exageración como de la debilidad, excitando á París á perseguir los cultos y á la Vendée á resistir con su fanatismo, inmolando á Lepelletier y á Marat, mezclándose después en los grupos para tributarles honores divinos, á fin de que sean más ridículos y odiosos, dando ó retirando el pan al pueblo, haciendo aparecer ó desaparecer el dinero, y aprovechándose en fin de todos los accidentes en contra de la revolución y la Francia. Después de haber hecho así la suma general de todos nuestros males, Robespierre, no queriendo ver que fueran inevitables, imputábalos al extranjero, que sin duda podía aplaudirse de ellos, pero que para producirlos confiaba en los vicios de la naturaleza humana, pues no hubiera tenido medios de suplir á ellos por complots. Robespierre, considerando como cómplices de la coalición á todos los prisioneros ilustres que aun estaban detenidos, propuso enviarlos inmediatamente al tribunal revolucionario, y de este modo, Dietrich, corregidor de Strasburgo, Custine hijo, Birón, y todos los oficiales amigos de Dumouriez y de Houchard, debieron ser juzgados desde luego. Sin duda que no era necesario un decreto de la Convención para que fueran inmoladas estas víctimas por el tribunal revolucionario; pero este afán de apresurar su suplicio era una prueba de que el gobierno no se debilitaba. Robespierre propuso además aumentar en una tercera parte las recompensas territoriales que se habían prometido á los defensores de la patria.

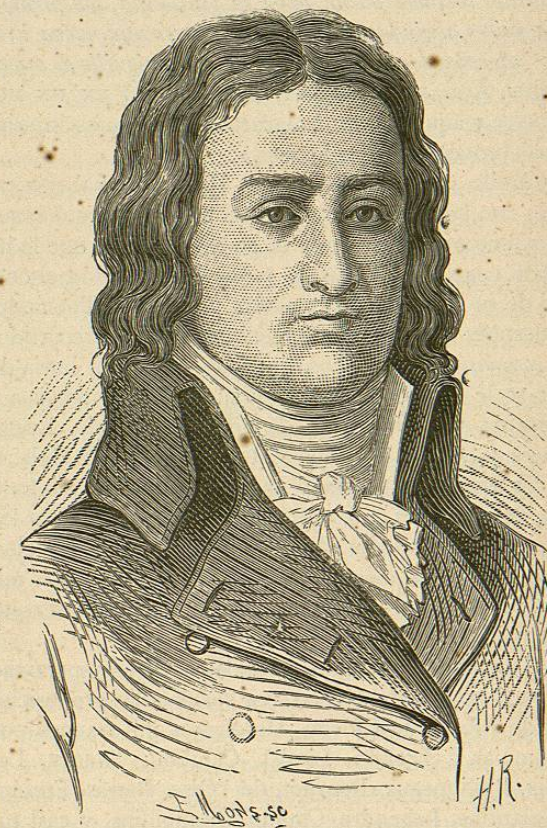
Después de este informe, encargóse á Barrere hacer otro sobre los arrestos, que según decían eran cada día más numerosos, proponiendo al mismo tiempo los medios de examinar los motivos de haberse hecho. El objeto de este informe era contestar indirectamente al *Antiguo Franciscano* de Camilo Desmoulins, y á su proposición de establecer un comité de clemencia. Barrere trató con severidad las *Traducciones de los oradores antiguos*, proponiendo no obstante nombrar una comisión para justificar los arrestos, lo cual se parecía mucho al comité de clemencia imaginado por Camilo. Sin embargo, atendiendo á las observaciones de algunos de sus individuos, la Convención creyó deber atenerse á sus decretos anteriores, que obligaban á los comités revolucionarios á comunicar al de seguridad general los motivos de los arrestos, permitiendo á los detenidos reclamar cerca de este último comité.

El gobierno proseguía de este modo su marcha entre los dos partidos que se formaban, inclinándose secretamente al moderado, pero temiendo siempre darlo á conocer mucho. Entretanto, Camilo publicó un número más fuerte aún que los anteriores, dirigido á los jacobinos, y que se titulaba *Mi defensa*: era la más audaz y terrible recriminación contra sus adversarios.

Hablando de su expulsión de los franciscanos, decía: «Dispensad, hermanos y amigos, si me atrevo á usar el título de antiguo franciscano, después del acuerdo del club, que me prohíbe darme este nombre; pero, á decir verdad, es tan inaudita insolencia la del nieto que se rebela contra su abuelo, prohibiéndole llevar su nombre, que quiero defender esta causa contra esos hijos ingratos. Deseo saber quién debe conservar el nombre, si el abuelo ó los nietos que se le atribuyen, de los que jamás

ha conocido ni aun la décima parte, y que pretenden expulsarle de la casa paterna.»

Después, explicando sus opiniones, añade: «La nave de la república boga entre dos escollos, la roca de la exageración y el banco de arena del moderantismo. Viendo que el *Padre Duchesne* y casi todos los centinelas patriotas permanecían en el alcázar, provistos de su antejo, y ocupados sólo en gritar: «¡Cuidado, que tocáis en el moderantismo!» ha sido necesario que yo, antiguo franciscano y decano de los jacobinos, me encargase de desempeñar la peligrosa vigilancia, que no



Bourdón de l'Oise

quería ninguno de nuestros jóvenes, por temor de perder su popularidad, y que consiste en gritar: «¡Cuidado, que vais á tocar en la exageración!» He aquí cómo me quedan obligados todos mis colegas de la Convención, por haber expuesto mi popularidad misma, para salvar el navío en que mi cargamento no era más considerable que el suyo.»

Justificase después de la frase que le habían censurado tanto: *Vincent Pitt gobierna á Jorge Bouchotte*. «Bien llamé, dice, á Luis XVI, en 1787, mi rey gordiflón, sin que me encerrasen por eso en la Bastilla. ¿Sería Bouchotte más gran señor?»

Pasando después revista á sus adversarios, dice á Collot-d'Herbois que si él, Desmoulins, tiene su Dillon, Collot tiene su Brunet y su Prouli, á quienes ha defendido. Después le dice á Barrere: «Va no se conocen en la Montaña; si fuera un antiguo franciscano, como yo, ó un patriota *rectilíneo*, como Billaud-Varennes, por ejemplo, quien me hubiese reñido con tanta dureza, *sustinuissem utique*, yo hubiera contestado: «Es el bofetón del fogoso San Pablo al bueno de San Pedro, que ha pecado; pero tú, mi querido Barrere; tú, el feliz tutor



de Pamela (1); tú, el presidente de los fuldenses, que propusiste el comité de los doce; tú, que el 2 de junio tratabas de deliberar en el comité de salvación pública si se arrestaría á Dantón; tú, en quien podría encontrar otras muchas faltas si registrase el *saco viejo* (2), ¡que te conviertas tú en un *pasa-Robespierre*, y que yo sea apostrochado por ti tan secamente!»

«Todo esto no es más que una disputa doméstica, añade Camilo, con mis amigos los patriotas Collot y Barrere; pero voy á *encolerizarme en diablamente* (3) contra el *Padre Duchesne*, que me llama *miserable intrigantillo, corcoma buena para la guillotina, conspirador que quiere abrir las prisiones para hacer una nueva Vendée, adormecedor pagado por Pitt, y borriquillo de orejas largas*. AGUARDA, HEBERT, SOY CONTIGO EN UN MOMENTO; y aquí no voy á atacarte con groseras injurias y palabrotas, sino con hechos.»

Camilo, á quien acusó antes Hebert de haberse casado con una mujer rica, y de comer con aristócratas, traza entonces la historia de su matrimonio, que le ha valido cuatro mil libras de renta, bosquejando el cuadro de su vida sencilla, modesta y perezosa. Tomándola después con Hebert, recuerda su oficio de repartidor de contraseñas, sus robos, que habían sido la causa de que se le echase del teatro; y su fortuna imprevista y conocida, cubriéndole así de un justo oprobio. Luego refiere y prueba que Bouchotte había dado á Hebert, de los fondos de guerra, primero ciento veinte mil francos, después diez mil, y por último sesenta mil, por los ejemplares del *Padre Duchesne* distribuidos á los ejércitos; que estos ejemplares sólo valían diez y seis mil francos, y que de consiguiente se había robado el resto á la nación.

«¡Doscientos mil francos, exclama Camilo, para ese pobre descamisado Hebert, por sostener las proposiciones de Prouli y de Clootz! ¡Doscientos mil francos por columniar á Dantón, Lindet, Cambón, Thuriot, Lacroix, Philippeaux, Bourdon de l'Oise, Barras, Fréron, d'Eglantine, Legendre, Camilo Desmoulin, y casi todos los comisionados de la Convención! ¡Doscientos mil francos de Bouchotte, por inundar la Francia con sus escritos, tan propios para formar el espíritu y el corazón!... ¡Se extrañará en vista de esto aquella exclamación filial de Hebert en la sesión de los jacobinos: ¡Atreverse á atacar á Bouchotte!; ¡á Bouchotte, que ha puesto á la cabeza de los ejércitos generales descamisados!; ¡á Bouchotte, un patriota tan puro! Admírame que en el transporte de su gratitud no haya exclamado el *Padre Duchesne*: ¡Bouchotte, que me ha dado doscientas mil libras desde el mes de junio!

»Tú me hablas de mis sociedades, añade Camilo; pero ¿no se sabe que el gran patriota Hebert, después de haber calumniado en su diario á los hombres más puros de la república, va alegremente con el amigo íntimo de Dumouriez, el banquero Kock, la esposa de Rochechouart, agente de los emigrados; que el gran pa-

(1) Alusión á la pieza titulada *Pamela*, cuya representación se había prohibido.

(2) Barrere se llamaba *Vieux-sac* (saco viejo) cuando era noble.

(3) Frase de los vendedores del diario *El Padre Duchesne*, que gritaban por las calles: «Está endiablamente encolerizado el *Padre Duchesne*.»

triotista Hebert, después de haber calumniado en su periódico á los hombres más puros de la república, va con gran regocijo, acompañado de su Jacobina, á pasar los buenos días de verano en el campo, á beber el vino de Pitt, y á brindar por el descrédito de las reputaciones de los amigos de la libertad?»

Camilo censura después á Hebert por el estilo de su diario, y le dice: «¿No sabes, Hebert, que cuando los tiranos de Europa quieren hacer creer á sus esclavos que Francia está sumida en las tinieblas de la barbarie, y que París, esta ciudad tan elogiada por su aticismo y su buen gusto, está poblada de vándalos; no sabes tú, infeliz, que lo que insertan en sus gacetas son los párrafos de tu diario? ¡Como si el pueblo fuera tan ignorante cual tú quisieras hacerle creer á Mr. Pitt; como si pudiera hablarle en ese lenguaje grosero; como si fuera éste el que emplean la Convención y el comité de salvación pública; como si tus porquerías fueran las de la nación; como si una cloaca de París fuese el Sena!»

Camilo le acusa después de haber contribuido con los números de su diario á los escándalos del culto de la razón, y al fin exclama: «¡De modo que ese vil adulator, el de las gratificaciones de doscientas mil libras, será quien me eche á mí en cara las cuatro mil de renta de mi mujer! ¡Y será ese amigo íntimo de los Kock, de los Rochechouart, y de una cuadrilla de estafadores, quien censure mis sociedades! ¡Será ese escritor insensato ó pérfido quien critique mis escritos aristocráticos, él, á quien puedo demostrar que su diario hace las delicias de Coblenza, constituyendo la única esperanza de Pitt; él, que ha sido borrado de la lista de los dependientes de teatro por robos, pretenderá borrar de la lista de los jacobinos, sólo por su opinión, á los diputados fundadores inmortales de la república! ¡Habrá de ser ese escritor de portal el regulador de la opinión y el Mentor del pueblo francés!

»Que no se espere, añade Camilo Desmoulin, intimidarme por el terror y los rumores que en torno mío circulan acerca de mi arresto. Ya sabemos que los malvados meditan un 31 de mayo contra los hombres más enérgicos de la Montaña... ¡Oh colegas! yo os diré como Bruto á Cicerón: «¡tememos demasiado poco la muerte, el destierro y la pobreza!» *Nimium timemus mortem et exilium et paupertatem*... ¡Y cómo! cuando diariamente arrostran un millón doscientos mil franceses los reductos erizados de mortíferas baterías, y vuelan de victoria en victoria, nosotros, diputados de la Convención, nosotros, que no podemos caer jamás como el soldado, en medio de la obscuridad de la noche, fusilado en las tinieblas y sin testigos de su valor; nosotros cuya muerte, sufrida por la libertad, no puede ser sino gloriosa y solemne en presencia de la nación entera, de Europa y de la posteridad, ¿habríamos de ser menos valerosos que nuestros soldados? Teméramos exponernos á mirar á Bouchotte cara á cara? ¿No nos atreveríamos á arrostrar la *gran cólera del Padre Duchesne* para alcanzar también la victoria que el pueblo espera de nosotros, la victoria contra los ultrarrevolucionarios y contrarrevolucionarios, la victoria sobre todos los intrigantes, los ambiciosos y los enemigos del bien público?

»¿Se cree, por ventura, que ni aun en el cadalso, sostenido por la convicción íntima de haber amado

con pasión á mi patria y á la república, y coronado con el aprecio y los sentimientos de todos los verdaderos republicanos, querría cambiar mi suplicio por la fortuna de ese miserable Hebert, que en su diario impele á la desesperación y al motín á veinte clases de ciudadanos, que para ahogar sus remordimientos y sus calumnias, necesita buscar una embriaguez más fuerte que la del vino, y lamer sin cesar la sangre al pie de la guillotina? ¿Qué es el cadalso para un patriota, sino el pedestal de los Sidney y de los Juan de Witt? ¿Qué es, en un momento de guerra en que mis dos hermanos murieron por la libertad, qué es sino un sablazo, y el más glorioso de todos para un diputado víctima de su valor y de su republicanismo?»

Estas páginas darán una idea de las costumbres de la época: la acritud, el cinismo y la elocuencia de Roma y de Atenas habían reaparecido entre nosotros con la libertad democrática.

Este nuevo número de Camilo Desmoulin causó aún más agitación que los anteriores; Hebert no dejó de denunciarle á los jacobinos, pidiendo el informe de la comisión. El 16 nivoso, Collot d'Herbois toma al fin la palabra para leer este informe: la afluencia era tan considerable como el día en que comenzó la discusión, y los asientos se vendían igualmente caros. Collot manifestó más imparcialidad de la que hubiera debido esperarse de un amigo de Ronsin: censuró á Philippeaux por haber implicado al comité de salvación pública en sus acusaciones, por demostrar las disposiciones más favorables hacia hombres sospechosos, por elogiar á Birón mientras ultrajaba á Rossignol; y en fin, por expresar exactamente las mismas preferencias que los aristócratas. Hizole también un cargo, que en aquellas circunstancias tenía cierta gravedad, y era el haber retirado en su último escrito las acusaciones contra el general Fabre-Fond, hermano de Fabre d'Eglantine. Philippeaux, en efecto, que no conocía á Fabre ni á Camilo, había denunciado al hermano del primero, á quien creyó encontrar en falta en la Vendée. Relacionado después con Fabre, por su posición, y acusado con él, retiró, por una consideración muy natural, los cargos relativos á su hermano. Esto sólo probaba que ambos se habían inclinado aisladamente, y sin conserse, á obrar como lo habían hecho, y que no formaban una verdadera facción; pero el espíritu de partido juzgó de otro modo, y Collot indicó que había una trama oculta y un acuerdo entre los acusados de moderantismo. Registrando en lo pasado, censuró á Philippeaux por sus votos sobre Luis XVI y sobre Marat. En cuanto á Camilo, tratóle mucho más favorablemente; le representó como un buen patriota, extraviado por malas compañías, y al que era preciso perdonar, invitándole, sin embargo, á que no se dejase llevar más de los arrebatos de su imaginación; y acabó pidiendo la exclusión de Philippeaux y la simple censura de Camilo.

En aquel momento, Camilo, que se halla presente en la sesión, hace llegar una esquila á manos del presidente, declarando que su defensa está consignada en su último número, y pidiendo que se digne la sociedad escuchar su lectura. A oír esta proposición, Hebert, que temía se leyese el diario donde se revelaban sus iniquidades, toma la palabra y grita que se ha querido com-

plicar la discusión calumniándole, y que para distraer la atención, se le acusaba de haber robado la tesorería, lo cual era una falsedad atroz...—¡En mi mano tengo las pruebas!, exclama Camilo.—Estas palabras ocasionan un gran rumor. Robespierre el joven dice entonces que es preciso alejar las discusiones personales; que la sociedad no se ha reunido para tratar sobre las reputaciones; que si Hebert ha robado, nada le importaba á ella; y que los que tengan cargos que dirigirse no deben interrumpir la discusión general... Al oír estas palabras poco satisfactorias, exclama Hebert:—«De nada tengo que reconvenirme.»

—«Los disturbios de los departamentos, replica Robespierre el menor, son obra tuya; tú eres quien ha contribuido á promoverlos al atacar la libertad de cultos.»—Ante esta interpelación enmudece Hebert, y entonces toma la palabra Robespierre el mayor, y con más mesura que su hermano, aunque sin ser más favorable á Hebert, dice que Collot ha presentado la cuestión desde su verdadero punto de vista; que un enojoso incidente había alterado la dignidad del debate; y que todos habían obrado mal, así Hebert como los que le habían respondido. «Lo que voy á decir, añade, no se refiere á ningún individuo: no es justo se queje de la calumnia el que ha calumniado, ni de las injusticias el que ha juzgado á los demás con ligereza, precipitación y furor. Que cada cual interroge á su conciencia y se aplique estas reflexiones. Yo hubiera querido evitar esta discusión; yo deseaba que en las conversaciones particulares y en las conferencias amistosas se explicase cada cual y reconociese sus errores. Entonces habría sido fácil entenderse y evitar el escándalo; pero lejos de ello, se han empeñado en distribuir folletos al día siguiente y dar que hablar. Lo que nos importa ahora en todas estas contiendas personales, no es el saber si se han puesto en juego en todas partes las pasiones y la injusticia, sino en averiguar si son fundadas las acusaciones dirigidas por Philippeaux contra los hombres encargados de la más importante de nuestras guerras. He aquí lo que se debe aclarar en interés, no de los individuos, sino de la república.»

Robespierre pensaba, en efecto, que los ataques de Camilo contra Hebert eran inútiles de discutir, pues todo el mundo sabía hasta qué punto eran fundados; que por otra parte no contenían nada que la república tuviese interés en evidenciar; y que, por el contrario, importaba mucho poner en claro la conducta de los generales en la Vendée. Prosiguióse en efecto la discusión relativa á Philippeaux, consagrándose toda la sesión á oír á una multitud de testigos oculares; pero en medio de aquellas afirmaciones contradictorias, Dantón y Robespierre declaran que no se puede sacar nada en limpio, y que no saben ya á qué atenerse. El debate, prolongado con exceso, se aplaza hasta la sesión siguiente.

El 18 se reanuda la discusión; Philippeaux estaba ausente, y comenzaba á fatigar el debate de que era objeto, y del cual no resultaba nada en claro. Entonces se refieren á Camilo Desmoulin, intimándole á que se explique sobre los elogios tributados á Philippeaux, y sus relaciones con él. Camilo asegura que no le conocía; que los hechos afirmados por Goupilleau y Bourdon le habían persuadido de que Philippeaux decía verdad,